

Un viaje transformador

Esta es la historia de una gotita de agua llamada Cristalina.

Cristalina salió de viaje una noche muy muy fría de invierno, en medio de un intenso temporal, destino a un oscuro, tenebroso y desconocido bosque lejano.

Esa noche, el cielo estaba completamente cubierto de nubarrones violetas que escondían, tras sus contornos redondeados, a la luna y a las estrellas despabiladas.

En el horizonte, se veían algunos esqueléticos relámpagos plateados que temblaban de miedo con los ronquidos fuertes de los truenos.

Era un temporal fuertísimo! Las pocas casas que habían, tenían sus puertas y sus ventanas bien cerradas, los niños dormían abrazados de sus padres y hermanos bajo las tibias frazadas, los perros protegían a los gatos de la lluvia y los ratoncitos soñaban plácidamente dentro de los agujeros de los quesos hábilmente trampeadas de las ratoneras.

Los papás pájaros se apilaban en las ramas gordas de los ombúes y bajo sus plumas acolchonadas piaban los pajaritos recién nacidos, los gusanitos se acurrucaban en grupo dentro de las manzanas o en los escasos pedacitos de tierra seca dispersos bajo las copas de los árboles.

Cristalina era una gotita de agua muy valiente que se lanzó en paracaídas desde lo alto del cielo (pese al viento fuerte Cristalina logró aterrizar sin problemas) en el medio de una laguna donde vivía una familia de patos desplumados. Conforme con su arribo, aprovechó para zambullirse en el fondo de la laguna logrando ver las patas feas de los patos desde abajo y allí vio que en el fondo de la laguna, las algas bailaban, los caracoles jugaban a las escondidas y las mojarritas nadaban contentas, allí nadie parecía estar enterado del fuerte temporal que había en el bosque.

Claro, ellos estaban acostumbrados al agua y como estaban tan lejos del cielo apenas se enteraban del mal o buen tiempo que hacía afuera. Así que Cristalina comenzó a nadar hacia arriba intentando salir a la superficie para secarse un poco y quizás dormir en alguna hojita para reponerse del largo viaje y una vez descansada continuar la aventura.

Fue así que Cristalina nadó contra la corriente con gran dificultad hasta llegar al borde de un nenúfar donde reposaba una mosca (que venía de salvarse de ser comida por un sapo goloso que la miraba de reojo croando amenazas desde la otra orilla). De un pequeño salto Cristalina logró treparse hasta el medio de la alfombra verde y allí se quedó acostada hamacándose en el fuerte balanceo de la marea.

Cristalina estaba panza arriba con los ojos bien abiertos observando como caían otras gotitas de agua desde la inmensa altura de las nubes aterrizando en flores, techos, colinas y hojas que por allí estaban. Todas las gotitas, como ella, daban plácidos suspiros al aterrizar deslizándose suavemente por los diversos toboganes de tierra y pasto.

La tormenta parecía alejarse poco a poco, las nubes que hacía segundos estaban como techo se despedían en fila reverenciando a la vía láctea que tiritaba en azules y blancos. Quizás estas mismas nubes se irían a regar las plantas secas de los países del desierto, o a lavar con sus gotas de agua ciudades sucias, o simplemente dormirían tranquilas sobre el océano solitario alejadas del resto del mundo.

Cristalina recorría con sus ojitos cansados el cielo que comenzaba a despejarse de a poco logrando ver algunas constelaciones (entre ellas estaba la cruz del sur y Orión). La luna allá a lo alto bañaba el paisaje de blanco, las copas de los pinos comenzaban a adornarse con los primeros copos de nieve y el frío se volvía intenso convirtiendo a Cristalina en un trocito de escarcha brillante.

Ya no era una divertida y saltarina gotita de agua escurridiza que se desliza entre las plantas del bosque, ahora era una pedacito de cielo quieto que podría guardarse en la palma de la mano como se guarda una perla o un caramelo de menta.

Fue así que Cristalina la gotita de agua se quedó dormida en el camalote que navegaba a la deriva en el medio del lago que con el correr de las horas se transformaría en pista de patinaje para patos y ranas noctámbulas.

Esa noche de intenso frío fue transformándose con la lentitud de una tortuga renga en un tibio amanecer de cielo rosado, el silencio de la noche se rompió con los cantos de los gallos madrugones, algunas ardillas aprovecharon la soledad del bosque para robar nueces y prepararse un exquisito desayuno que dejaría ricas migas para palomas u hormigas vecinas.

Cristalina continuaba roncando en su cama verde y redonda soñando con los primeros rayitos de sol que le devolverían el mismo espíritu aventurero de ser una movediza gotita de agua que

corretea de aquí para allá.

El sol salió tímidamente por el Este pintando el cielo de celeste y despertando con su calorcito y su luz a las arañas, saltamontes, ovejas, chanchitos y así a todos los animales del bosque que se habían escondido protegiéndose del temporal de la noche anterior.

Cristalina dio un gran bostezo que despertó de golpe a la mosca que dormía a su lado. El calorcito del sol la fue derritiendo lentamente hasta devolverle su forma redondita y brillante de gotita de agua. Qué contenta estaba Cristalina! Nada le gustaba mas que viajar una noche de tormenta y despertarse una mañana soleada con el canto de los pájaros!

Tomó con sus manitos un poquito de si misma y se lavo la cara, se miró en el reflejo cristalino de la laguna y vio que estaba linda, redondita y con un vestido de arco iris.

Aprovechó la compañía de la mosca para subirse a ella y volar hasta una de sus flores preferidas. Cuando pasó por la margarita se tiró contenta y se quedó algunos minutos reposando en los pétalos, recitando "Me quiere mucho, poquito o nada...".

Mientras jugaba a adivinar cuanto la querían, el calor intenso del mediodía la evaporó tímidamente convirtiéndola en un invisible gasecito que ascendía por los cielos para hacerla nuevamente gotita de agua en el próximo temporal.

Cathy